

Ud. lo detiene, porque se creería que Ud. prolonga la noche y en lo obscuro se encuentra complacida, que Ud. aborrece el sol... ¡ay, Santita, cómo se conoce que no es Ud. ciega!... cómo se conoce que su ida conmigo poco le significa, que conmigo seguirá tan á obscuras ó más que ahora... Pues quédese Ud., Santita, quédese y Dios que la ayude, yo ya no espero... ¡Genaro! despídete de Santita,—ordenó el pianista, para proporcionar coyuntura á que Santa lo llamase.

Pero Santa, muy alcoholizada aquella mañana, mal atendió las patéticas razones del ciego, le permitió partir y al adios de Genaro murmuró:

—Sí, sí, váyanse que se me parte la cabeza, y hasta mañana ó hasta la noche, en el café de la Escondida, ya saben...

—Nó,—contestóle Hipólito regresando á la vidriera,—ni hasta la noche ni hasta mañana... ¡Adios, Santita!

Cuando un río en avenida descuaja, destroza y arrastra hasta enormes piedras y gruesísimos troncos que, allá van, cabalgando en las crestas espumantes y en los lomos verdosos de las ondas bramadoras á perderse en el mar, aunque en el pánico de su curso demente piedras y troncos se revuelvan, se entierren, resurjan y giren por huir y salvarse, ocasiones hay en que una paja desgarrada y misera que también cabalga, pero despavorida, en las líquidas crines del vestiglo desbocado, con sólo que de la ribera la sujete una rama, un tallo tan misero y endeble cual ella, escapa del turbión, y muy asida á esa debilidad, circundando con su cuerpecito integro el tallo salvador, las aguas pasan por encima de ambos

y dolidas de sus dos debilidades, como que respetaran esas nupcias de dos desventuras que ni sumadas alcanzan á oponerles una resistencia siquiera mínima. Y al apaciguarse el río, al volver las aguas á su manso y rumoroso discurrir benéfico, los árboles y piedras,—fuerza, soberbia, poderío,—no se miran ya; el tallo salvador y la paja desgarrada,—lo débil, lo despreciado, lo humilde,—ahí están, muy abrazados, temblando todavía dentro de un marco circular de espumas, que, á manera de besos, cada ola les arrojó á su paso y que se apagarán muy pronto, después de haber acariciado y creídose eternas,—como los besos, que después de acariciar y de apeteerlos eternos bórnanse muy pronto, de los labios primero y de las memorias después.

En cambio, si suprime Ud. ó aparta de la ribera la rama ó el tallo, la paja perece con mayor prisa que las piedras y que los troncos.

Ese fué el caso de Santa! Suprimido Hipólito, ella continuó rumbo al abismo, á escape, desgarrada, despreciada, desamparada y doliente. Recorrió la escala, peldaño por peldaño y abrojo por abrojo, hasta que dió con sus huesos y su cuerpo enfermo en un fermentido burdel de á cincuenta centavos; nido de víboras, trono de la hampa, albergue de delincuentes, fábrica de dolencias y alcázar de la patulea.

Era un cuarto más que grande, deforme y disforme; una de sus cuatro paredes encaladas, embistiendo en un rincón á su vecina y sostén, con lo que ambas, en el ángulo que determinaban, amenazaban desplomarse y aún habían comenzado á hacerlo, por arriba, al lado de las vigas,



según la tierra en polvo y los terrones cual puños que se venían abajo, al transitar de los carros cargadísimos y toscos que durante ocho horas diurnas, en su laborioso ir y venir de hormigas monstruosas, estremecían el arrabal.

Para arribar á tan ruin anclaje, anduvo Santa la Ceca y la Meca, lo mediano y lo malo que las grandes ciudades encierran en su seno como cutáneo sarpullido que les produce un visible desasosiego y un continuo prurito, que únicamente la policía sabe rascar, que contamina á los pobladores acomodados y los barrios de lujo. Es que se sienten con su lepra, les urge rascarse y aliviársela, y á par despiértales pavor el que el azote, al removerlo, gane los miembros sanos y desacredite la población entera. En efecto, si la comezón aprieta y la policía rasca, sale á la cara la lepra social; se ven en las calles adoquinadas, las de suntuosos edificios y de tiendas ricas, fisonomías carcelarias, flacuras famélicas, ademanes inciertos, miradas torvas y pies descalzos de los escapados de la *razzia*, que se escurren en silencio, á menudo trote, semejantes á los piojos que por acaso cruzan un vestido de precio de persona limpia. Caminan aislados, disueltas las familias y desoldados los parentescos; aquí el padre, la madre allí, el hijo por su cuenta; y nadie se detiene, saben dónde van, al otro arrabal, al otro extremo, á la soledad y á las tinieblas. Lo que importa es que no los adviertan; que el ruido de carruajes, la animación, el trabajo y el placer de los que poseen esas cosas, los escude y los esconda. Tanto peor si alguno de ellos es capturado por sospechoso; el resto

de la familia no se acercará á indagar causas ni á compartir cautiverios. El trote menudo continúa, el punto terminal se halla distante...

Eso y más conoció Santa; conoció gentes y sucedidos que muchos ignoran hasta su muerte, á pesar de que han vivido siglos y años en la propia ciudad, leyendo sus diarios, concurriendo á los jurados, cultivando relaciones con autoridades y gendarmes. Santa lo conoció todo por exigencia de su oficio, que, en determinado nivel, es el natural y discreto intermediario entre lo que ataca y lo que se defiende, entre el delito y la ley.

Su actual domicilio, ubicado en región de pésima fama, más allá del Chapitel de Monserrate y de San Jerónimo, muy al sur y cayendo al oriente, disponía hasta de nueve arpias, sin contar á Santa. El cuarto de las paredes que se desplomaban, lo subdividían dos tabiques principales que dejaban una especie de pasillo ó corredor bien estrecho, y varios tabiques laterales que se agarraban como podían, con alcayatas, cuñas y retazos de cuerdas ennegrecidas de pringue, de los dos principales y de las paredes desconchadas. Por muebles, unos camastros agraviados de colores sombríos y huérfanos de lana en colchones y almohadas; alguna silla de tule, desfondada y coja, y en la pared suspendida, á guisa de ícono apropiado al culto salvaje que ahí se practicaba, una invariable bandeja de peltre con aboyaduras y costras que ningún ácido sería capaz de estirpar, coronada de una tohalla nauseabunda cuyas dos extremidades oscilaban patibulariamente á los portazos de las pupilas y de sus visitantes. Al fondo del pasillo ó corredor, sobre una mesa



con menesteres domésticos, una impiedad casi sacrilega: la imagen en litografía de un santo, clavada con tachuelas en sus esquinas, rodeada de flores de papel, luciendo dos ó tres *ex-votos* de plata enmohecida y resistiendo los parpadeos de una lamparilla de aceite que dentro de una copa rota alumbraba noche y día.

Allí recaló Santa, después de que la echaron de todas partes; llena de dolores y de pobreza; medio borracha; sus ojos opacos; su espléndido cuerpo donde nó anguloso hinchado; convertida en ruina, en despojo y en harapo.

—¿Admite Ud. una más?—preguntó á una vieja con chiqueadores de jabón, entrapajada en el rebozo, chupando una colilla de cigarro y oliente á alhucema, que le franqueó la pequeña puerta taladrada con agujeros y remiendos.

Hubo una pausa muda, en pleno sol, el que por bañar la acera, también bañaba, noblemente, la entrada del antro. La vieja examinaba, sin lograr levantar del todo los carnosos párpados que tendían á esconder los ojos. Luego, alargó sus manos, como puñados de sarmientos, puso al descubierto parte de sus brazos desnudos que por apergaminados y flacos imitaban brazos de momia, y con las manos, que se distendieron igual á tarántulas amaestradas, palpó caderas, senos y muslos, alzó la falda un poco y por final ordenó:

—¡Entra!... Si no te has desayunado, ahí hay hojas con catalán; si ya te desayunaste, barre quedito, que tenemos á uno todavía durmiendo...

Ni á la vieja le ocurrió averiguar si la libreta de Santa hallábase en orden, ni á Santa contarle

que carecía de ella. ¿Con qué fin, si en esas regiones profundas la sanidad y sus "agentes" ya no se muestran celosos del cumplimiento de sus deberes?... Para el supuesto remoto de que á los "agentes" asaltase la excentricidad de ir á incoar esclarecimientos, siempre encontrariase libreta substituta con que contentarlos. Por lo demás, ni riesgo! que los parroquianos del cubil tienen poderosas razones personales para no armar algazara si los enferman. Si acaso, aclaran quién fué la culpable y le arriman un pie de paliza en las tenebrosas calles adyacentes ó en los horripilantes figones de las cercanías, en donde invitan y regalan á este ható de desdichadas. Pero no acuden á la policía ¡un cuerno! pues en la liquidación saldrían con su "haber" muy encanijado y su "debe" repleto de partidas por pagar. La mayoría de la parroquia es un estuche de honorabilidades: soldados desertores, que allí mismo venden y negocian los uniformes, los *shacós*, las cartucheras y los marrazos; rateros prófugos, que allí ocultan, por lo pronto, lo diminuto y frágil apañado con sus artes é industrias; fletadores de tierra y de agua, de canoas y carros, que meten más matute que mercaderías declaradas; buhoneros y "carcamanes", que regresan ó se parten á las ferias rurales; comerciantes al menudeo, de la vecindad, con más trampas y deudas que existencias en sus tiendas, á las que no pueden tornar porque, *injustamente*, se las ha sellado el juzgado; infieles administradores de pulquerías, sin empleo, pero con odios, con reales y con revólver al cinto... En ocasiones excepcionalísimas y á vueltas de in-



flujos y parlamentos con la dueña del ergástulo, algún pobrecito reo de homicidio, que aburrido de no saber si lo fusilarán ó lo indultarán con veinte años de presidio, se fuga de Belem y allí lo albergan sus valedores mientras le procuran disfraces y seguridades. Un mundo especial, que aflige é interesa; sin sentido moral y con rasgos morales que deslumbran; la hez trocándose á veces en abnegación; los pocos contra los muchos; como cavernas las conciencias, como hábito el crimen, como lenguaje el caló; lo que sobrenada, la resaca de las grandes charcas humanas que se dicen ciudades; los antisociales, en fin.

Al cerrar la puerta y de nuevo atrancarla, la vieja habló imperiosa y lacónicamente:

—¿Cómo te llamas?—preguntó á Santa.

—¡Santa!—repuso ésta.

—Pues desde hoy te llamas Loreto; ¿qué Santa ni qué tales!...

Y hasta el nombre encantador se ahogó en la ciénaga.

A pesar de la decadencia de Santa, esta gehe-na la anonadó. ¡Qué noches y qué tardes y qué mañanas y qué agonía! Salía de brazos de un foragido y caía en los del mal que por dentro la trituraba ó en los del alcohol falsificado que bebía á torrentes para ver de aniquilarse, de no sentir, de que la tiraran encima de su camastro ó en el vivo suelo, y roncar embrutecida é insensible. Y asistía, presenciaba lo que se sucedía, inconsciente y atónita, sin protestas ni remedio; cual todos sufrimos las pesadillas peores que no se acaban, las que enloquecen, las que, despier-

tos, nos hacen temblar, pedir fervorosamente á Dios que lo visto y sentido no lo veamos ni sintamos nunca más que en pesadilla.

Su único consuelo estribaba en salir y meterse en un afamado figón de la plazuela de Regina, denominado: "El Sesteo de las Fatigas", que se cerraba á media noche corrida y en el que se guarecía y embriagaba un conjunto multicolor y multiforme de gente de pelea sin oficio ni beneficio, por lo menos durante seis horas, de las Oraciones á las 12, cuando al fonducho ardíanse los intestinos. ¿Fué aquí ó con el asesino escapado de Belem que con ella se desveló una noche completa, donde Santa aprendió la letra de una danza que sin cesar canturreaba después de aprendida? Ambos pudieron ser los maestros; pues en "El Sesteo" habia mucho canto, con guitarra y todo, y el asesino,—¡el mundo es así!—trató á Santa con finuras y ternezas femeniles de puro delicadas; le confesó porqué habia matado, y aun le habló de una mujer que queria y de un hijo, chiquitito, cuyo paradero ignoraba... (la pareja que aquella noche pernoctó tabique de por medio con el asesino y Santa, contó que los oyó llorar y charla que te charla en voz baja, de confianza y de secreto.) Como á un momento dadó, el hombrón se soltó cantando, ora porque el aguardiente se le encaramase á la cabeza ora porque el recuerdo de sus desdichas lo hubiera embriagado, no está investigado dónde, Santa aprendería la danza que canturreaba tercamente, sin afinación ni voz, cual súplica reiterada de que las palabras cumplan lo que prometen en la dulzura de la melodía y en la magia de la rima.



¡Las danzas son la apropiada música de los individuos que agonizan y de las razas que se van!

Uno de los cuartetos contenía ofrecimientos tan misericordiosos:

*"...dicen que los muertos, reposan en calma,  
que no hay sufrimientos en la otra mansión...."*

que Santa los repetía sin descanso, obsesionada ya por la muerte, creyendo á pies juntillas en la garantía de los versos sepulcrales. Sin aquel entusiasmo ni aquella devoción con que decía lo primero, cantaba el resto, por no truncar la estrofa:

*"...que si el cuerpo muere, jamás muere el alma,  
y ella es la que te ama con ciega pasión...."*

Al llegar á estas palabras últimas, por asociación natural de ideas, como por ensalmo aparecíasele Hipólito, el ciego, mirándola sin verla con sus horribles ojos blanquizcos de estatua de bronce sin pátina. La aparición borrábase en el acto, sin que Santa pudiese distinguir en lo confuso de los lineamientos que se esfumaban, si el alma de ella, la que "jamás moriría", era la que anhelaba que Hipólito se diera prisa á rescatarla ó si Hipólito no la rescataba porque ya el alma de Santa obrase en su poder y él mantuviérase custodiando el sagrado depósito.

En las dudas, fué la enfermedad la que si alcanzó su grado máximo. Materialmente ateneceaba á Santa; y con la carga á cuestras de la gehena en que moraba, no daba ya paso, ni realizaba movimiento, ni intentaba ademán que no le arrancara gritos, los que, aunque sofocados lo más posible, oíanse los clientes, las com-

pañeras, el ama. Instantes había en que ni caminar conseguía, sino que á rastras ganaba el camastro, asíase crispada á sus ropas nada limpias, y con lágrimas de verdad, imploraba clemencia de sus alquiladores:

—No me toques, que me estoy muriendo!... y no me acuses con la vieja, porque me correría, y no tengo á dónde irme!...

Unos la forzaban, como infernales chivos en brama, sin curarse de sus dolores que suponían fingidos; algunos, contados, la pagaban y aun la aconsejaban apelar á tal ó cual remedio; los más, desde el cuarto, pedían una suplente:

—Oye, tú, Fulana, manda otra muchachona, que ésta no sirve...!

Medio mes contemporizaría la vieja, y al cabo de él, con idéntico tono é imperio idéntico á los empleados para la admisión, la despachó:

—Mira cómo te las compones, porque mañana te me largas... Te perdono los catorce reales que me debes del rebozo...

Hay situaciones que ya no empeoran con nada, por lo que Santa redújose á responder con un triple sí, á la perentoria admonición:

—Sí... sí... sí, me iré mañana... ¡Ya lo creo!—añadió, sin saber porqué lo añadía.

Fueron tantos y tales los dolores que la torturaron toda esa tarde, que no probó gota de alcohol. Sudaba mucho, sus ojos parecían sepultados en sus cuencas, y las ojeras, de tan negras, parecían huellas de golpes recién recibidos. Debía hallarse muy grave, muy grave... Revolcándose en su cama miraba á su alrededor y hacía atrás, con forzada conformidad contra lo irreme-



diable; ya ella marchaba, ya; el tren ó el buque ó la diligencia ó lo que fuera, echaba á andar y se la llevaba, vaya si se la llevaba...

Al obscurecer, una mejoría ligera, mas suficiente para que reaccionara. Llamaría á Hipólito é Hipólito vendría, en el momento, amante y noble, é Hipólito sacaría de ahí y la ayudaría á bien morir, la enterraría, y, sobre todo, la perdonaría. Aumentó su deuda á dos pesos, solicitó una peseta con que pagar á un mandadero:

—El señor que va á venir por mí, le pagará á Ud.—aseveró con aplomo, y ante la incredulidad de la vieja, agregó:—Si nadie viniera ¿qué le importa á Ud. una peseta más?...

El recado á Hipólito, sincero y feroz, verbal y con laconismos de telegrama que anuncia una defunción:

—Le dirás á un ciego que toca el piano en tal casa de tal calle, que Santa ¡fíjate! que Santa está muriéndose y quiere verlo, nada más; y que se venga contigo ¡corre!

Si la vieja, las mozas y los clientes hubiesen sido asustadizos ó de diversa pasta amasados, habríanse hecho cruces frente al portento que veían: Un ciego feísimo y pésimamente trajeado, llegando en coche al burdel, en cuyos interiores se precipitó auxiliado de un lazarillo descalzo y roto.

—Santa!... Santita!... ¿Dónde está Ud?...

Y luego de contestar Santa, el ciego se metió en el cuarto y apenas si se escuchó como sollozar de personas que no desean ser sentidas.

—Hipo!—decía Santa muy por lo bajo al pianista, que la palpaba y olía y besaba devotamen-

te,—me expulsan de aquí ¡de aquí!... nadie me quiere ya... apesto, estoy podrida, me muero!...

—Yo te quiero, yo... yo... Y yo te llevo conmigo... y no te morirás, no te morirás... porque no es posible que te mueras!

Se ia llevó en efecto, pagando lo que adeudaba.

Salieron los demás, hasta la mitad de la calle, no creyendo que aquello fuese realidad.

El ciego entró á Santa en el carruaje, siguiéndola después; y como Genaro subió al pescante ni más ni menos que un lacayo, las sombras de la noche y del arrabal completaron el hechizo. Triunfalmente, arrancó el carruaje.